

# Los últimos cuatro caballitos de don Eusebio Ventura

Ernesto Velázquez Briseño

*Para Claudio Jiménez, Vicente Quinarte,  
Eduardo Langagne y Carlos de la Mora.*

Quince días antes de acabar el año, con el mar tan cerca de él como su propia muerte, don Eusebio Ventura, de profesión peluquero, sentado en el zaguán de su casa, decidió tomarse unos buenos tequilas. Lo pidió blanco, como se debe, acompañado de limón, sal y una cerveza Estrellita. Pidió además que le trajeran un plato de panela y otro de jícama y, por último, pidió que la botella fuera de Caballito Cerrero, que le dieran un caballito de vidrio soplado de Tlaquepaque y que, por favor, nadie lo molestara.

Sentado en su equipal, don Eusebio veía el cerro de frente, los portales a la izquierda y los naranjos a lo largo de la calle. Nada le gustaba más que oler el viento que pa-recellegar del mar, todos los días como a la una y media de la tarde cuando es invierno. Tranquilo, apaciguado, don Eusebio abrió la botella de Caballito Cerrero y se dispuso a tomarse lo que, sin que él lo supiera, serían sus últimos cuatro caballitos de tequila.

Con el primer caballito se acordó de don Manuel Reyes, su tío, que tantos buenos consejos y recomendaciones le diera como parte de una sabiduría templada a lo largo de ochenta y ocho años. Entre otras cosas, don Manuel Reyes le había enseñado hacía muchos años los grandes y variados dones del tequila. Un mediodía igual pero de un verano hacía ya varias décadas, sentó frente a él a un jovencísimo Eusebio y le dijo algo que lo cambiaría para siempre: “Mire amigo, un tequila tomado en el momento adecuado y con la compañía precisa, aclara la vista, enchina el pelo, aprieta la dentadura y aumenta el amor por las señoras. Tómese lo cabrón”. Eusebio, cuidadoso de las formas y fiel a las recomendaciones, cuidaba desde entonces el tequila que tomaba. Y por eso lo elegía bien, entre las maravillas de los tequilas fabricados en El Arenal, o los hechos en pequeñas fábricas caseras de Amatitán, o los olorosos tequilas blancos cocinados en las tabernas más

viejas, al fondo de la barranca de Temuac. A veces hasta se daba la concesión de tomarse algunos reposados en barricas de encino, ese árbol memorable de tronco majestuoso y hojas algo apuntadas y persistentes, como dicen los rancheros, iluminadas de un verde encendido con la luz, lo que lo ha hecho uno de los árboles más felices que se conocen en estas regiones. Con las barricas duras del encino, el tequila tomaba un sabor casi mineral, porque en esas tierras de Jalisco hay tanto mineral que provoca, para empezar, que a la gente le duelan las piernas después de las seis de la tarde, pero además hace que sea el agave azul tan bueno cuando los suelos son arcillosos y ricos en fierro.

De ahí, del fondo de la barranca de Temuac, era el Caballito Cerre ro que tenía enfrente, sobre la mesa. Se contaba la vieja historia del pleito irreconciliable entre unos familiares que provocó que unos se quedaran con una fábrica llamada La Herradura y que los que se separaron indignados, comenzaran a fabricar un tequila al que llamaron Caballito Cerre ro porque “un caballito de cerro no necesita herradura”. Devoción de poetas, de cantantes y hasta de un historiador de cine, estaba cocinado con tal maestría que su sabor inconfundible era recordado, como quien recuerda súbitamente las últimas palabras de una mujer querida a la que es imposible tener de regreso en nuestra vida.

Don Eusebio miró cómo perlaba su tequila en las paredes del vidrio de Tlaquepaque y dio un trago a su segundo caballito. “Que venga a purificarme la sangre”—pensó, cuando sintió cómo su tequila resbalaba desde la boca para convertirse en parte de él mismo. En algún lugar había leído que eran tan famosas las grandes cualidades curativas del tequila que su fama llegaría hasta la Sociedad Médica de Londres, de tal forma que en 1875 la Sociedad dictaminó que “El tequila mexicano es muy eficaz para curar enfermedades, pues se ha observado que, tomado con moderación, es poderoso coadyuvante en la purificación de la sangre; que es un magnífico estimulante en las funciones del aparato digestivo, recomendable en algunos casos de inapetencia...”. Pero a don Eusebio lo único que no le fallaba era la apetencia. Con sus setenta y seis años auestas, no fallaba nunca a la hora de la botana, no faltaba a su costumbre de comerse su jícama con sal, limón y chile, a pedir un durito de chicharrón o a esperar, paciente, que le hicieran unos buenos tacos de jamaica. Y en cuanto a la moderación, normalmente no se le pasaba la cuota, pero él sabía que además de ser poderoso para purificar la sangre, el tequila tiene el don de regresar las memorias perdidas, por eso hay que tenerle gusto y otras veces cuidado.

Para cuando pasó doña Cande frente al zaguán, don Eusebio andaba sirviéndose su tercer caballito. Al verla

cruzar rumbo a la plaza y saludarla, don Eusebio recordó de pronto la imagen de la Cande joven, caminando rumbo a la iglesia junto a una amiga de ojos verdes tan hermosos que daba miedo hablarle. Hacía ya más de cincuenta años que la había visto por primera vez y esa memoria se apareció súbitamente, con la emoción de entonces, acompañada de los bailes de carnaval y de los paseos dominicales a los arroyos cerca del cerro. Carmen, la amiga de Cande, le sonrió muchas veces; le permitió que la acompañara desde el templo hasta su casa en la calle de Pedro Moreno, todos los domingos; lo dejó acercarse y hablarle y hacerla reír contándole refranes mientras ella le mostraba los dientes más blancos que él hubiera visto antes; lo dejó besarla una sola vez, en la c o m p l i c i d a d del paseo del domingo, y él la abrazó y sintió su piel joven, exactamente como ahora la volvía a sentir, saboreando un trago de su tercer tequila. Cuántas veces don Eusebio se imaginó con ella, besándola, recorriendo su cuerpo, mirando su ojos al amanecer junto a su lado, pero ya estaba impuesto que no fuera así: sus padres p r o h i b i e r o n la relación de Carmen con un hombre “que nada más le gusta andar viendo el cielo, que es un ideático y que además no tiene dinero”. Cuando se fue r o n del pueblo, para siempre, sin dejar una sola señal para encontrarlos, Eusebio perdió un reino por completo. “Cuántas luces dejaste encendidas —tararé—, yo no sé cómo voy a apagarlas”, decía la canción que más le gustaba de ese genio José Alfredo,





que inventaba sus canciones al tiempo que le servían tequilas. El recuerdo de Carmen era algo que siempre lo emocionaba. A lo mejor es por eso que un sabio de Zapotlán decía que el tequila “era bueno para hacer que cicatricen rápidamente y por primera intención las heridas”. El caso es que don Eusebio todavía llevaba a Carmen, como decía el poeta Federico, en el corazón, en la cabeza y el sombrero y, ahorita mismo, veía cuánto la había querido y cuánto su amor lo había acompañado todos esos largos años, en los que se dedicó a construir su vida, a casarse con otra mujer a la que también pero de otro modo había querido, a tener hijos cachetones y a ser, quizás, uno de los hombres que más sabía de tequila en toda la región.

Con el paso del tiempo, don Eusebio se sabía de memoria la historia de esa bebida que tanto amaba y la de sus hombres. Contaba cómo el Arzobispo de México, don Francisco Antonio de Lorenzana, escribió en 1768 una descripción del proceso para fabricar vino mezcal, vino de indios, como también se le llamaba, porque eran los indios en un principio los únicos que tuvieron permiso para fabricarlo y por eso las gentes de aquí se saben distintas, porque desde siempre han tenido el poder de fabricarlo y hasta de darle permiso a los gachupines para que aprendan a hacerlo. La carta que escribió el Arzobispo dice que “La cuarta es el mescal, que es el jugo de un maguei silvestre más pequeño que del Pulque, éste le asan en unos hoios, que llaman

Barbacoas, se aprensa en Piletas de Piedra, de donde se pasa a vasijas de Madera o varro o Pieles de toro puestas a modo de Hamacas: después se fermenta, se destila en Alambique, y sale fino, o refino según las veces que le destilan”.

Y es que tanto hay que ponerle de las cosas de por aquí para que sepa bueno —decía, cada vez que podía contarle, don Eusebio—, la tierra donde se siembran los agaves, que le da como alimento sus minerales, y los largos ocho, diez y hasta más años que tarda en crecer y madurar la planta que hace que los campos se vuelvan azules y se te pierda la vista entre el azul del valle y el azul del cielo; que el jimador sea bueno, corte bien la planta y la deshoje como se debe; que se cuezan las piñas del agave parejito en los hornos antes con leña, casi todos ahora con vapor; las piedras volcánicas labradas como ruedas, tahonas, para moler las piñas, piedras de los viejos volcanes como el que sigue cuidando al pueblo de Tequila, arriba de Guachimontones, el único lugar de pirámides circulares de todo el México antiguo; los murciélagos que vienen en las noches a fertilizar las plantas y sin los cuales el tequila que bebemos no existiría; las tinas para que fermente el mosto que entre las más viejas las hay labradas con cincel en el tepetate; las ollas de barro para destilar o los alambiques que luego vinieron a ser uno de los regalos árabes para este lugar que por cierto se llenaría también de tantos sueños árabes, como el gusto por hacer azúcar o ponerle siempre zaguanes a las construcciones, o dejar que las mujeres gobiernen en su casa o amarlas desesperadamente y querer tocarlas creyendo que son un camino para llegar a Dios.

Doña Luisa, su esposa por largos años, pensó, avergonzada, que aquello no era otra cosa sino uno más de los tantos desequilibrios y ataduras de la razón que Eusebio había tenido a lo largo de sus más de setenta y seis notables años cumplidos, y le alegaba “debías hablar igual de bien del agua”. Y claro que don Eusebio hablaba bien del agua: qué sería de estos tequilas sin el agua de manantial. “Y además qué hubiera sido de Guadalajara en 1730 —dijo emocionado don Eusebio— cuando todo lo recaudado en el estanco por el tequila se gastó en traer el agua a la ciudad. Así que de los dos tipos de sed nos ha curado el tequila”.

Eran ya casi las tres de la tarde cuando don Eusebio se sirvió su cuarto y último caballito. Cuando casi lo terminaba, se levantó de su equipal y miró el cielo y el paisaje. Una parvada de gorriones pasó como pelotón frente a su casa y entonces sintió ese balazo rápido e instantáneo que le hizo ponerse las manos sobre el pecho y buscar de nuevo el asiento del equipal a su lado. Cuando doña Luisa fue a buscarlo para que se fuera a comer, lo encontró, según dicen, con una de la